

ETNOMODELOS: UNA PROPUESTA METODOLÓGICA PARA LA COMPRENSIÓN ETNOGRÁFICA

M. Ester Grebe Vicuña

LOS CONCEPTOS DE MODELO Y ETNOMODELO

En Antropología y Etnología, se utilizan modelos en calidad de metáforas científicas construidas por el antropólogo. Estos modelos pueden ser estructuras abstractas que reemplazan a estructuras concretas homólogas, o viceversa; o bien estructuras abstractas que reemplazan a otras estructuras concretas homólogas de diferente naturaleza (Caws, 1974:1). Su rasgo más útil reside en su potencialidad heurística y hermenéutica. Condensados en un diagrama, esquema o expresión verbal, los modelos antropológicos pueden facilitar el descubrimiento de nuevas relaciones entre fenómenos, ayudándonos a comprender, explicar e interpretar la realidad en estudio (Kaplan, 1964:265; cf. Peltó y Peltó, 1978:11-12).

No obstante, la relación entre el modelo y la realidad que evoca no es isomórfica. El modelo entrega una representación selectiva y, por tanto, parcial y aproximada. No sustituye integralmente a la realidad en estudio, aunque permite establecer analogías estructurales con el mundo fenoménico que intenta representar (Kaplan y Manners, 1972:275). El modelo reemplaza a las relaciones entre las entidades que constituyen un sistema más que a las entidades en sí mismas (Caws, loc. cit.). Así, una teoría puede considerarse un modelo de los aspectos de la realidad que abarca; o bien, un objeto concreto —tal como un icono— puede ser un modelo o etnomodelo de una teoría (loc. cit.). En consecuencia, los modelos pueden ser generados en diversos niveles de abstracción y análisis. Pueden ser representaciones metafóricas o metonímicas tanto de la realidad empírica percibida y conceptualizada como también de las teorías específicas generadas a partir de dicha realidad empírica (Peltó y Peltó, *ibíd.*: 254-256).

Diversos antropólogos han establecido distinciones entre modelos, especificando las siguientes categorías: modelos mecánicos (lo que la gente debe hacer

idealmente) y modelos estadísticos (lo que la gente hace en realidad), propuestos por Lévi-Strauss (1953:528); reglas de derechos y obligaciones y normas estadísticas propuestas por Leach (1961:9, 297-298), con un significado equivalente al precedente; modelos conscientes e inconscientes; y modelos de representación (cómo concibe el individuo su realidad) y de operación (cómo responde o actúa el individuo en la práctica), propuestos por Caws (1974:3-4). Entre estos últimos, se distinguen dos variedades: modelos prescriptivos (cómo piensa el individuo que deberían ser las cosas) y modelos descriptivos (cómo piensa que son las cosas en realidad). Además, debemos distinguir los modelos éticos del antropólogo de los modelos émicos del actor o informante (Pike, 1967:37-42).

A pesar de sus ventajas heurísticas y hermenéuticas, los modelos del antropólogo conllevan potencialmente algunos problemas epistemológicos y metodológicos. Si el antropólogo confía en exceso en sus modelos, suele producirse un énfasis exagerado en sus formas de representación a expensas de los correspondientes datos empíricos, sus contenidos y significados. Además, la metodología podría estar seleccionando problemas en lugar de que éstos determinasen la metodología adecuada para la problemática planteada. Por último, al dar preponderancia a la construcción lógica y presentación estética de su modelo, es posible que el antropólogo proceda a seleccionar, forzar o modificar sus datos empíricos para adaptarlos o hacerlos calzar con su modelo que desearía validar y legitimar; o a producir una apariencia de orden que parcializa, limita o trunca la base empírica. De todo ello resultará, inevitablemente, una versión sesgada o falsificada de la realidad en estudio (Kaplan y Manners, *ibíd.*:282).

Un segundo problema de los modelos del antropólogo es que ellos, por lo general, representan y destacan las regularidades y consensos existentes en los fenómenos de la realidad sociocultural. De esto, puede resultar una simplificación o reducción de la riqueza empírica que suele impedir ver sus inconsistencias, contradicciones y excepciones (Murphy, 1972:110). Como resultado, surge una apariencia de orden que presenta una visión de la realidad finita y limitada, la cual puede conducir a redundancias, inversiones y truncamientos de esta realidad.

Debemos tener siempre presente que el actor o informante tiene sus propios modelos analíticos, interpretativos y explicativos de su realidad, que no deben ser ignorados. Estos son los etnomodelos, que difieren de los modelos construidos por el antropólogo. El etnomodelo es un valioso dato primario de la experiencia sociocultural que genera transformaciones y variantes. Da cuenta elocuentemente de las capacidades de análisis y síntesis, de comprensión y conceptualización, de interpretación y explicación, que se dan en ciertos individuos con peculiares dotes perceptivos y conceptuales, quienes pueden entregar representaciones paradigmáticas desprendidas de sus respectivos contextos socioculturales.

Es tarea del antropólogo identificar a quienes representan e integran con mayor propiedad el patrimonio cultural en estudio y son capaces de modelarlo expresiva-

mente, dando cuenta de sus rasgos esenciales en forma certera, eficaz y honesta. Una vez producido, el etnomodelo expresará "la verdad" del actor, pero en forma velada. Entonces, el antropólogo deberá confrontar dicho etnomodelo con los modelos consensuales que rigen en la sociedad del actor, con el fin de revelar su estabilidad y transformaciones (Murphy, 1972:113).

Los actores suelen dar cuenta de los significados subyacentes del etnomodelo mediante el discurso simbólico, expresado elocuentemente mediante el habla en el mito y otras formas análogas de la tradición oral. Dichos hallazgos semánticos se facilitan mediante la "descripción densa" propuesta por Geertz (1973:27), que permite acceder y comprender, desde el punto de vista del actor, los significados que éste asigna a determinados fenómenos ideacionales o conductuales iluminados por sus respectivas matrices simbólicas.

En suma, los etnomodelos son expresiones individuales de representaciones colectivas pertenecientes a un sistema sociocultural, que revelan cómo el actor percibe, conceptualiza y simboliza "su realidad". Revelan, asimismo, la captación y perspicacia del actor para dar cuenta de "su versión" del mundo fenoménico compartido. Ponen en juego las diversas capacidades y limitaciones de cada actor, cuya experiencia cultural es inseparable de sus propios "filtros" etnocéntricos y selectivos. Los etnomodelos dan cuenta cómo se organizan ciertos fenómenos en la mente del actor. Implican el rescate del etnoconocimiento, enriquecido por las interpretaciones y explicaciones del propio actor, asociadas a la decodificación de símbolos claves.

Dichos etnomodelos pueden ser controlados mediante su comparación con el mayor número posible de versiones producidas por varios actores en el contexto de la misma cultura. La validez de cada etnomodelo puede ser verificada también mediante su confrontación con los modelos afines de representación (ideacionales) y de operación (conductuales) de su sociedad, pudiéndose así revelar sus transformaciones.

LA ESTRATEGIA ETNOGRÁFICA

En líneas generales, la estrategia etnográfica que culmina en la obtención de etnomodelos implica trabajar en profundidad, a través de un lapso prolongado, utilizando recursos flexibles y adaptativos que se van configurando gradualmente. Consecuentemente, predominan los procedimientos inestructurados, informales o semiestructurados. Éstos pueden y suelen generar procedimientos estructurados o formales, los cuales se utilizan en las últimas etapas de investigación como recursos de ampliación, detalle, precisión, o control.

Se intenta hacer una etnografía que dé cuenta cabalmente —desde el punto de vista del actor— de cada situación cultural en términos de las nociones o actos que la evocan apropiadamente; y de cada noción o acto en términos de las situaciones culturales que los evocan apropiadamente. Se presume que un tipo de descripción

de esa naturaleza dirá bastante acerca del problema estudiado como también de la cultura global correspondiente. Examinaremos sucintamente, a continuación, siete aspectos relevantes de la estrategia etnográfica: 1) el enfoque émico, 2) la apertura de canales de comunicación, 3) el rescate de etnocategorías y etnotaxonomías, 4) la producción de documentos personales, 5) la incentivación de la descripción y análisis del actor, 6) la elaboración de etnomodelos del actor, y 7) la construcción de modelos explicativos del antropólogo.

1) El enfoque émico (Pike, loc. cit.). Implica, en primer término, examinar la situación sociocultural en estudio desde el punto de vista del actor. Esta orientación metodológica surge al reconocerse en las ciencias modernas que la percepción y concepción de la realidad (o mundo fenoménico) es selectiva y está "filtrada" por la cultura aprendida. En consecuencia, se generan variaciones individuales relevantes en las formas y contenidos culturales. Por estas razones, no es lícito que el antropólogo pretenda o intente sustituir la concepción de la realidad propia del actor; en otras palabras, que pretenda introducirse en la piel, mente, ojos u oídos de su informante. Con humildad, el antropólogo actual tiende a reconocer sus limitaciones perceptivas y cognitivas que afectan y alteran inevitablemente su etnografía.

Entonces, cedamos la palabra al actor. Descubramos cómo él construye su mundo de experiencia; cómo y a partir de qué categorías produce sus ordenaciones; cómo organiza los fenómenos socioculturales en su mente; y qué significados le asigna.

2) La apertura de canales de comunicación. El rapport —definido como el establecimiento de vínculos humanos entre el antropólogo y su informante, que permite una comunicación fluida, relajada y cálida en una situación de terreno— es condición necesaria para producir una apertura de canales de comunicación a través de los cuales fluirán los contenidos relevantes del actor, dando sentido a su mundo de experiencia, a su visión de mundo.

Una vez iniciado y mantenido el rapport, el antropólogo explorará las vías más expeditas a través de las cuales se expresa el actor con mayor facilidad, espontaneidad y fluidez. Es recomendable experimentar con la autoexpresión mediante el habla y la escritura, dibujos y diagramas, gesto y movimiento corporal, juego y drama, etc. Así, será posible detectar el o los canales de comunicación que se ajustan con mayor propiedad a las posibilidades expresivas del actor y que le permiten expresarse libremente, estimulando asimismo su introspección, su memoria, su testimonio sincero, honesto y emotivo.

3) El rescate de etnocategorías y etnotaxonomías (Spradley, 1979:98-99, 132-154). Al dar un nombre a los fenómenos del entorno sociocultural, el ser humano está identificando lexemas o etnocategorías consensuales en su propia cultura. Estas son etiquetas verbales relevantes en cuanto permiten reconocer, identificar, clasificar y comparar dichos fenómenos. Dichas etiquetas son vehículos expresivos

en la comunicación e interacción de los actores en su contexto cultural. El acceso y comprensión de los significados de cada una de ellas permitirá acceder a su mundo de experiencia y reconstruir junto a ellos el sentido de su universo simbólico.

Una vez identificado cada fenómeno mediante un lexema, o etiqueta verbal, es posible reconstruir con los actores su articulación en un árbol taxonómico. Se puede elaborar una etnotaxonomía que organice el mundo de experiencia de acuerdo a los preceptos válidos en la cultura global. Entonces tomará forma su ordenación de "su mundo", lo cual permitirá captar su concepción selectiva de la realidad. Estas clasificaciones nativas son constructos ideacionales que pertenecen al dominio de la etnociencia.

4) La producción de documentos personales. Éstos proporcionan testimonios importantes de cómo el ser humano reconstruye y reinterpreta su mundo de experiencia. Suelen ser más prescriptivos o normativos que descriptivos; o sea, revelan "el modo cómo el individuo piensa que deberían ser las cosas" más que "cómo piensa que son las cosas en realidad" (Caws, 1974:4). En consecuencia, es necesario considerar que estos documentos conllevan los sesgos y márgenes de error de una reconstrucción idealizada de los fenómenos socioculturales. Por ejemplo, se cuenta una historia de vida de acuerdo a lo que debería haber sido, tomando en cuenta las expectativas del receptor, los marcos situacionales y la dinámica de las redes sociales. Para controlar este sesgo, es necesario incentivar que algunos de estos documentos personales se centren en datos operacionales que se refieran al modo cómo el individuo "responde o actúa en la práctica" (Caws, op. cit.:3), lo cual puede verificarse mediante la observación participante.

Los documentos personales incluyen testimonios escritos u orales —historias de vida, autobiografías, historia oral, memorias, diarios de vida, cartas, crónicas, sueños, poesía y narrativa oral—; testimonios visuales —dibujos, mapas, diagramas, esquemas, pintura, escultura, artesanía, etc.—; testimonios kinésicos —movimiento expresivo, gesto, juego, episodios dramáticos, etc.—; y testimonios sonoros —atmósfera sonora, música, etc. Dichos documentos personales poseerán mayor valor antropológico en cuanto cada uno de ellos refleje fielmente las concepciones y acciones del actor; y que no reciban influencia directa ni indirecta del antropólogo, quien puede influir o inducir contenidos involuntariamente mediante su mera presencia, actitudes o diálogo. Por esta razón, es recomendable liberar al actor de la presencia del antropólogo mientras se produce el documento personal, siempre que ello sea posible y de acuerdo al tipo de testimonio elaborado.

5) La incentivación de la descripción y análisis del actor. Cualquier ser humano sensible puede ser un buen etnógrafo de su propia cultura. Vale decir, todo hombre que posee capacidad de observación y un conocimiento cabal de su contexto sociocultural podrá elaborar descripciones ajustadas y precisas de sus procesos y productos. Este recurso no es nuevo en Antropología. Se ha aprovechado el saber tradicional del artesano, del yerbatero, del pastor, del chamán, etc., para

transformarlos en etnógrafos que describirán hechos o situaciones puntuales en las cuales ellos han sido y son actores. De este modo, se generan descripciones "desde dentro" que registran, con matices finos y expresivos, cómo reconstruyen selectivamente estos actores su respectiva experiencia.

No es poco frecuente que los antropólogos hayan menospreciado la capacidad analítica del especialista nativo y del "buen observador". No obstante, nuestra experiencia indica que es recomendable aprovechar la potencialidad y capacidades analíticas que nuestros informantes poseen en forma latente o manifiesta. En otras palabras, el análisis sociocultural no es patrimonio exclusivo del antropólogo. Aprendamos cómo el actor analiza y modela su propia realidad.

6) La elaboración de etnomodelos del actor. Este proceso ha sido expuesto en la parte I del presente trabajo. Agregamos sólo algunas reflexiones y recomendaciones. Cualquier ser humano que conoce cabalmente la base de su propia cultura es capaz de generar evaluaciones, interpretaciones y explicaciones respecto a aquellos fenómenos que pertenecen a su mundo de experiencia. Por tanto, es posible aprovechar las capacidades del actor para generar sus propios modelos (o etnomodelos) que representen a parcialidades o totalidades de su universo simbólico; y para traducir el sentido o efectuar una lectura simbólica de su realidad. Al elaborar sus etnomodelos, el actor articula un conjunto de explicaciones, establece relaciones y significados, integra conocimiento y experiencia, todo lo cual representa tanto su propio punto de vista como aquel de su comunidad.

En estos etnomodelos, la función decodificadora es insustituible, puesto que el actor es el único que maneja las claves que permiten el rescate, por parte del antropólogo, del significado de los fenómenos socioculturales representados. Sin dicho aporte, el antropólogo se enfrentaría a etnomodelos herméticos que lo conducirían a efectuar un trabajo de superficie de escaso valor etnológico.

Como ilustración, se presentan tres etnomodelos referentes a la concepción del tiempo en la cultura mapuche, aymara y atacameña, cuyas analogías de forma y significado permiten comparar efectivamente un patrón cognitivo-simbólico básico común en estas tres culturas indígenas de Chile (véase Figuras 1, 2, 3, y su respectiva explicación adjunta).

7) La construcción de modelos explicativos del antropólogo. Habiéndose rescatado el etnomodelo, o bien, al haberse agotado los contenidos que fluyen por los canales de comunicación sin que el etnomodelo se produjese, es necesario que el antropólogo inicie la articulación de su propio modelo explicativo. Dicho modelo pertenece a otro ámbito epistemológico. No debe ser confundido ni entremezclado con las concepciones del actor, puesto que representa las elaboraciones analítico-explicativas del antropólogo inferidas del material empírico original. Por razones metodológicas y epistemológicas, es muy recomendable demarcar estos dos ámbitos o niveles: el empírico-émico del actor y el científico-ético del antropólogo. No obstante, si este último ha utilizado los criterios, categorías, taxonomías, descrip-

Figura 1
EL CICLO DÍA-NOCHE EN LA CULTURA AYMARA

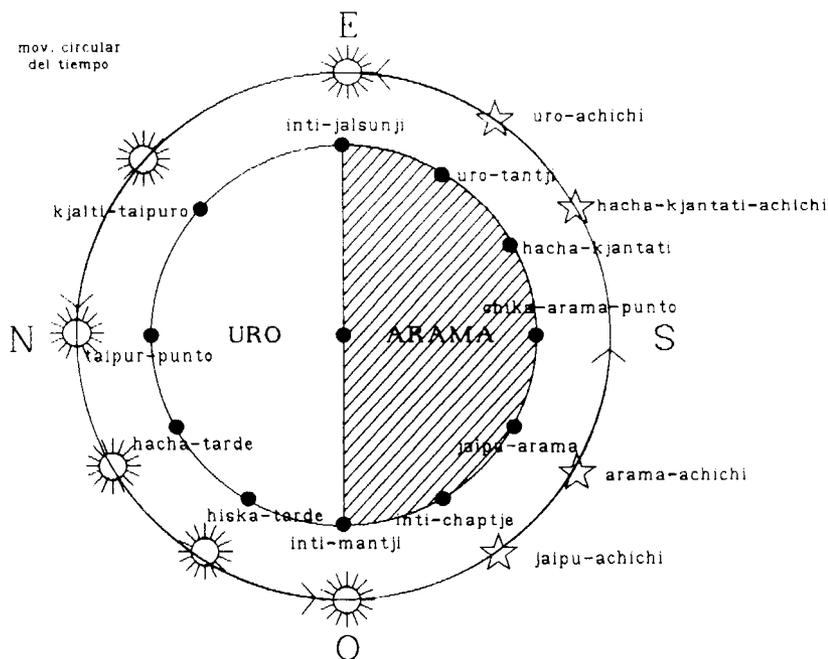


Fig. 1: Etnomodelo aymara del ciclo día-noche, que representa su concepción astral del tiempo centrada en la bipartición en *uro* (día-claridad-labores cotidianas) y *arama* (noche-oscuridad-peligro). El ciclo contiene once divisiones o "puntos" designados mediante lexemas en aymara-español.

ciones, análisis y explicaciones de los actores, su modelo explicativo estará sostenido por una base empírica excepcionalmente sólida y rica. Metodológicamente, este tipo de modelo explicativo es totalmente lícito. Él se nutre de la raíz misma de los datos empíricos, por lo cual es afín al universo de experiencia original. Y permite, además, una elaboración teórica que la ciencia antropológica exige y requiere.

En síntesis, la propuesta metodológica de este trabajo es recomendar el rescate etnográfico de etnomodelos, definidos como variantes individuales de representaciones colectivas pertenecientes a un sistema sociocultural. Dichos etnomodelos

Figura 2
EL CICLO DÍA-NOCHE EN LA CULTURA ATACAMEÑA

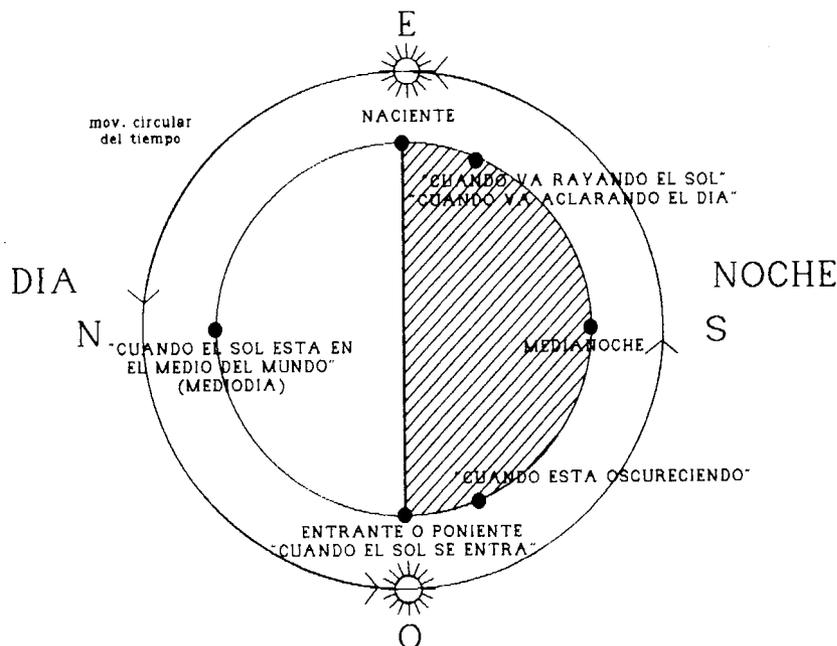


Fig. 2: Etnomodelo atacameño del ciclo día-noche, que representa su concepción del tiempo simplificada y con divisiones designadas mediante lexemas en español.

revelan la captación "desde dentro" de la propia realidad percibida, conceptualizada e integrada por los actores. Dan cuenta de cómo se organizan ciertos fenómenos en la mente de los actores e implican el rescate del etnoconocimiento y de sus significados decodificados, interpretados y explicados por el actor. En ellos se ponen en juego las diversas capacidades y limitaciones de cada actor, cuya experiencia cultural es inseparable de sus propios "filtros" etnocéntricos y selectivos. Los etnomodelos facilitan la aproximación a una Antropología centrada en el hombre y en los significados de su cultura.

Aplicados a los proyectos de desarrollo y, en particular, a los respectivos diagnósticos socioculturales de diversos aspectos de la realidad nacional, los etnomodelos ofrecen una valiosísima e insustituible documentación primaria

Figura 3
EL CICLO DÍA-NOCHE EN LA CULTURA MAPUCHE
(ETNOMODELO)

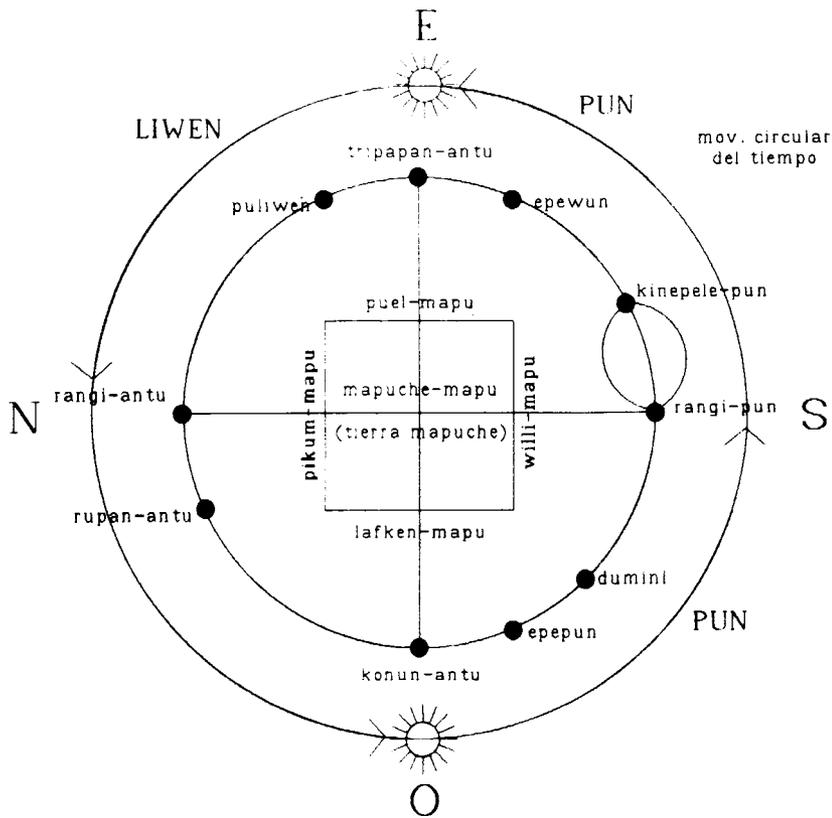


Fig. 3: Etnomodelo mapuche del ciclo día-noche, que representa su concepción centrada en la tetrapartición del tiempo (círculo) y del espacio (cuadrado ubicado al centro) que representa a la tierra mapuche. El ciclo contiene 10 divisiones designadas mediante lexemas mapuches.

“desde dentro”. Aportan tanto materiales descriptivos émicos como también la articulación de relaciones entre fenómenos y la integración de conocimientos, significados y experiencia social de acuerdo a los criterios de los actores, abriendo un campo semántico de proyecciones ilimitadas. De este modo, los etnomodelos permiten conocer las concepciones, expectativas y perspectivas de los actores

sociales referentes a las alternativas de su propio desarrollo. Todo ello hace posible comprender, anticipadamente, la realidad sociocultural a través de los documentos primarios generados por los grupos receptores de los beneficios de un programa de desarrollo.

REFERENCIAS

- CAWS, PETER. 1974. *Operational, Representational, and Explanatory Models*. En *American Anthropologist*, 76, 1, pp. 1-10.
- GEERTZ, CLIFFORD, 1973. *The Interpretation of Cultures*. New York, Basic Books.
- KAPLAN, ABRAHAM. 1964. *The Conduct of Inquiry*. San Francisco, Chandler.
- KAPLAN, DAVID y ROBERT A. MANNERS. 1979. *Introducción Crítica a la Teoría Antropológica*. México, Nueva Imagen.
- LEACH, EDMUND R. 1961. *Pul Eliya, a Village in Ceylon*. Cambridge, Cambridge University Press.
- LÉVI-STRAUSS, CLAUDE. 1953. *Social Structure*. En A.L. Kroeber ed., *Anthropology Today*, Chicago, The University of Chicago Press, pp. 524-553.
- MURPHY, ROBERT F. 1972. *The Dialectics of Social Life*. Londres, Allen & Unwin.
- PELTO, PERTTI, J. y GRETIL H. PELTO. 1978. *Anthropological Research: The Structure of Inquiry*. Cambridge, Cambridge University Press.
- PIKE, KENNETH L. 1967. *Etic and Emic Standpoints for the Description of Behavior*. En K.L. Pike, *Language in Relation to a Unified Theory of the Structure of Human Behavior*. La Haya, Mouton, pp. 37-72.
- SPRADLEY, JAMES P. 1979. *The Ethnographic Interview*. Nueva York, Holt Rinehart & Winston.

Notas: 1. Este trabajo fue presentado en el Congreso Internacional de Americanistas, Amsterdam, 1988.
2. Las Figuras 1, 2 y 3 que ilustran este trabajo serán entregadas oportunamente a la Comisión Editorial en el caso de que sea posible agregar dicho material en la publicación.